

El Programa Pontificio de la Paz

Por Kurt F. REINHARDT

Justamente una década de años han pasado ya desde el día en que tuve el honor de dirigirme a una asamblea católica para hablar sobre el tema "La paz de Cristo en el Reino de Cristo". Si se me pidiera que reconsiderara lo que en esa ocasión dije, a la luz de la experiencia adquirida en los pasados años, estoy absolutamente cierto de que tendría que hacer muy pocos cambios en la redacción y ninguno, absolutamente, en las ideas entonces expresadas. En esto no me concedo a mí mismo ningún crédito. Muy al contrario, si algo hay de creíble en este hecho, se debe únicamente a las fuentes de donde yo tomé con gusto los principios generales y las direcciones particulares para mi conferencia en esa ocasión y hoy nuevamente vuelvo a hacerlo. Esas fuentes son: La tradición católica del pensamiento y la doctrina; las solemnes declaraciones pontificias y, finalmente, las convicciones básicas de mi vida católica.

Hace poco consideraba el tema como muy delicado. Acaso parecerá extraño este calificativo? En verdad que no. Sería considerado como extraño porque innegablemente es un fenómeno insólito y perturbador el que entre los católicos pueda haber una marcada diferencia de opinión respecto a preceptos esenciales de moral y a normas directivas solemne y autoritariamente proclamadas por el Vicario de Cristo en Roma, y sin embargo, es ya un hecho constatado el que las declaraciones pontificias sobre las calamidades de la guerra y las bendiciones de la paz, cayeron en su mayor parte en el vacío, entre personas sordas. Las encíclicas en lugar de haber sido el tema obligado para los sermones, conferencias y discusiones y materia de intenso estudio, tanto por el clero como por el laicado, fueron recibidas en muchos círculos con indiferencia o con presumida complacencia. No es acaso un hecho desconsolador el de que la pequeña porción de católicos norteamericanos que procuraron seguir los proceptos del Programa Papal de la Paz, para hacer conocer su

imperativo moral, fueron casi completamente ignorados, cuando no ridiculizados o a lo mejor tolerados como gentes que eran, y para decirlo más educadamente, un poco excéntricas y definitivamente engorrosas? ¿Y sin embargo, no era nuestro deber de cristianos escuchar cuidadosa y reverentemente la voz del Supremo Pontífice? Si así lo hubiéramos hecho, habríamos aprendido que el mejor tiempo para trabajar por "La Paz de Cristo en el Reino de Cristo" era cuando aún gozábamos de la paz, una paz que por precaria que fuera, la habríamos podido mantener si hubiésemos cooperado de corazón con el Papado en la difícil tarea de su conservación.

Siendo como fue el estado de nuestras mentes en ese entonces, el feliz cambio de los acontecimientos no podía venir. Contra los deseos y admoniciones del Padre Santo, muchos de los católicos norteamericanos se encuadraron en la vanguardia de aquellos que, arrastrados por un sentimiento de orgullo o egoísmo nacional o por provincialismo o fanatismo, se opusieron a todos los intentos de restablecer las leyes internacionales sobre las bases de una seguridad colectiva, garantizada por un convenio internacional de una comunidad de naciones. En lugar de eso, permitimos que los esfuerzos de tal índole fueran monopolizados por los abogados de un secular pacifismo, carente de espina dorsal y que envenenó los manantiales del pensamiento y de la acción nacionales, con las sentimentales protestas de que toda fuerza es maldad, de que el despego entre la moral y los negocios terrenos, el aislacionismo y la no resistencia al mal, eran la mejor y más prudente política nacional. Rara vez, si acaso no fue nunca, se nos ocurrió que nuestro espléndido aislacionismo no solamente se construyó sobre la ficción y el artificio, sino que también fue anticristiano y, por consiguiente, inmoral. Y si esto fuera negado, sólo sería necesario para robustecer nuestro argumento, delinear la política constante, los trabajos y enseñanzas del Vicario de Cristo, así como la comparación de estos preceptos doctrinales con nuestras antiguas ideas y actitudes. Al primero de estos propósitos quiero consagrar mi trabajo, mientras que la segunda parte deseo dejarla a la discreción de cada cual. Podéis quizás, sentirnos movidos a preguntar: Para qué traer a colación todo esto? Por qué no dejar al pasado que se lleve lo pasado? Y yo os aseguro que simpatizo con esta objeción y que jamás hubiera intentado la crítica de las actividades pasadas si me pudiera sentir razonablemente cierto de que lo pasado es realmente pasado. Pero no solamente sé que muchos de nosotros estamos aún sin convertirnos, por lo que se refiere al estado mental, sino aún más, que yo tengo el claro e incómodo sentimiento de que para muchos es un caso de conversión en peligro de muerte y que apenas vuelvan la vida, la libertad, la búsqueda de la felicidad y especialmente la prosperidad, quizás una vez más puedan volver a caer en los antiguos hábitos, en el pasado desapego, en la propia suficiencia y en el letargo. Si dejamos que esto suceda, si los provechos de la amarga y propia experiencia son despreciados, entonces los futuros sucesos serán peores que los presentes y las ge-

neraciones que vengan despues podrán justamente increparnos porque no dimos atención al consejo del Evangelio de San Lucas: "Cuidate de que la luz que hay en tí no se convierta en oscuridad".

Desde el comienzo, guardémonos del error de confundir el oficio docente de la Iglesia con el oficio político y las funciones, claramente circunscritas, del Estado. El oficio de la Iglesia es predicar el Evangelio de Cristo, y al hacerlo así ella prepara el suelo para el crecimiento de la vida de Cristo en nosotros. La vida de Cristo en nosotros es la condición indispensable para el advenimiento de la paz de Cristo, primero en el alma individual y luego mediante el individuo, en la comunión viviente de la fe, del amor y de las obras. La Iglesia "que canta en su liturgia que Cristo no envidia los juguetes terrenales, pues El os ofrece una corona celestial", "igualmente no reclama para sí los derechos que pertenecen a otros", según lo escribió Pío XII en su primera encíclica, de octubre de 1939, titulada "Summi Pontificatus". Si esto fuera así entendido, jamás podrían existir conflictos entre los oficios y funciones propias del Estado y de la Iglesia. Una de las obligaciones y prerrogativas del Estado es la de cuidar por establecer la paz política, así como la función primaria de la Iglesia y es la de procurar la paz de las almas. Pero decir eso no es decir toda la verdad. Como "ser mixto" el hombre no sólo tiene alma sino cuerpo y por eso en la vida política apenas si es posible una estricta separación de la esfera espiritual y la material. Esas dos esferas están tan íntimamente unidas como lo están el cuerpo y el alma. De aquí que lo que afecta o perturba a la una, no puede dejar de afectar o perturbar a la otra o serle indiferente. El heroísmo del alma espiritual puede tener su completo éxito sólo en el dominio del mundo, en ser victoriosa sobre él; pero el alma no puede permanecer inafectada por él. Es decir: el alma y su reino tienen que interesarse, hasta cierto punto, en el bienestar del cuerpo y en los asuntos del reino terrenal. Por eso la Iglesia, en quien las almas individuales viven y se comunican con las otras, tiene de por sí una grande influencia en los negocios del Estado y en el cuerpo político. Ella está vitalmente interesada en el bienestar del Estado y por consiguiente vitalmente interesada en los problemas de la guerra y de la paz, problemas que conciernen tanto al Estado como un todo, como a la multitud de individuos que tienen una interrelación así en sus enfermedades como en su salud, en sus estados de guerra como de paz. Por eso no causará sorpresa el constatar que la Iglesia haya sido reprochada varias veces, bien por interesarse demasiado en las cosas del mundo, bien por no interesarse lo bastante. La acusación del así llamado "catolicismo político" se ha dejado oír tan frecuentemente como la acusación del "laissez-faire" eclesiástico y el indiferentismo político, y no raras veces, a pesar de las elementales leyes de la lógica, ambas acusaciones vienen de los mismos cuarteles. Sin embargo, la Iglesia no se ha dejado descarrilar por tales ataques. Ella ha insistido siempre en que los negocios estatales sólo vienen al terreno de su competencia en cuanto signifiquen o envuelvan consecuencias morales. Y puesto que nadie puede negar las graves implicaciones

morales de la cuestión de la guerra y la paz, es apenas lógico que la Iglesia sienta una mayor responsabilidad en todas las consecuencias morales que atañen a ese problema. Así es evidente, por lo que se ha dicho hasta aquí, que de acuerdo con su naturaleza y su misión, la Iglesia se siente, no sólo con derechos, sino llamada a tomar parte activa en la preservación de la paz y en su restauración, siempre y cuando las relaciones pacíficas y ordenadas entre los Estados y las naciones hayan sido perturbadas y minadas por la anarquía de la guerra. Sería una tarea tentadora, la de seguir a la Iglesia en su misión pacificadora a través de las centurias de la historia cristiana; pero necesariamente tengo que limitarme a la consideración de los modos como ella ha cumplido esta misión bajo la dirección de los tres grandes Pontífices de nuestro tiempo, quienes, quizás más que ninguno otro de sus predecesores merecen ser llamados los "pioners" de la idea de la paz universal, grandes pacifistas cristianos en el más verdadero sentido de la palabra: Benedicto XV, Pío XI y Pío XII. Cada uno de ellos lanzó un programa de Paz, que sucesivamente fue ganando en claridad y precisión, en la misma medida en que el mundo a quien iba dirigido, daba paso a las voces y al poder de las tinieblas, a la disolución y al caos universal. Esta política papal de la paz recibió su más concreta formulación y expresión en el Programa de los Cinco Puntos, enunciado por el reinante Pontífice para un mundo torturado por los horrores de la guerra y admirablemente diseñado para reconstruir la estructura de esa Comunidad Cristiana de Naciones que durante largas centurias ha sido la devota esperanza de muchas de las más nobles inteligencias y de muchos de los mejores entre los hombres de buena voluntad, dentro y fuera de la Iglesia.

Séame permitido comenzar con un vistazo sobre el Papa León XIII, quien atrae nuestra atención con una Carta Pastoral publicada en 1878 cuando todavía era obispo de Perugia. En su carta encontramos una severa condenación de la doctrina maquiavélica y una triste reflexión sobre el abandono de las normas de justicia, en favor de la satisfacción de una inmoderada codicia y avaricia. En palabras plenas de dolorosos presentimientos amonesta a los católicos sobre los peligros inherentes al continuo aumento de los armamentos en los Estados Europeos. Opina él que tal "paz armada" es un incalculable mal para el futuro de Europa. En 1839 escribió al Primer Congreso Internacional de la Paz reunido en París: "Nada hay más importante que alejar el peligro de la guerra en Europa. Todo trabajo que en ese sentido se haga debe ser fuertemente animado y apoyado".

Cuando Benedicto XV sucedió a Pío X en el trono Pontificio, la "paz armada" indicada por León XIII, se había convertido en la guerra mundial. En el segundo mes de la contienda, el Papa hizo su primer llamamiento a las potencias para que concertaran un armisticio. En medio de las orgías del nacionalismo, tuvo el coraje de llamar al conflicto armado "una terrible carnicería", "una desgracia para Europa", "una anticristiana matanza". En agosto de 1917 se dirigió nuevamente (ya la tercera vez) a las naciones en guerra, y pu-

so a la consideración de los dirigentes de las naciones beligerantes la primera propuesta concreta para un arreglo justo del conflicto. La paz que debía seguir a los horrores de la guerra, decía él, debía ser "justa y duradera". Deploraba que sus llamamientos anteriores no hubieran sido acogidos y que la guerra hubiera aumentado en crueldad y devastación. Se refirió a su supremo deber como Padre de todos los pueblos e invitó a los Gobiernos beligerantes a que se pusieran de acuerdo en siete puntos específicos y prácticos, en cuya aceptación se basaba su esperanza de una paz justa y duradera. Los siete puntos de paz del Papa eran: 1º—El derecho debe reemplazar a la fuerza. 2º — Drástica reducción de los armamentos. 3º — Debe crearse una fuerza moral para el arbitramento de las disputas internacionales que reemplace la fuerza material de las armas. Tal corporación internacional o supranacional debe aplicar las sanciones contra aquel Estado que rehuse someter las cuestiones internacionales a su arbitramento o guiarse por sus decisiones. 4º—La libertad de los mares debe garantizarse a todos los pueblos. 5º — En cuanto a los daños que mutuamente se han infligido las naciones beligerantes y al arreglo sobre el costo de la guerra, el Papa recomendaba lo siguiente: "No vemos otro medio para resolver la cuestión sino el de proponer el principio general de una completa y recíproca condonación. Si en algunos casos hay razones especiales para el pago de reparaciones, deben pesarse con justicia y con equidad". 6º—Todos los territorios ahora ocupados deben ser evacuados y devueltos a sus propietarios. Esta demanda incluía la completa evacuación de Francia y Bélgica y una total garantía de la independencia para este último país. Incluía igualmente la restitución de las Colonias alemanas. 7º — Toda otra cuestión territorial debe ser examinada con espíritu conciliador, teniendo en cuenta las aspiraciones de los pueblos y coordinando los intereses particulares con el bien público de la gran sociedad humana. A tal arreglo debe llegarse con un verdadero espíritu de equidad y justicia. "Tales son —así concluye el Pontífice— las principales bases sobre las cuales creemos que deba cimentarse la futura organización de los pueblos. Son de tal manera que harán imposible la repetición de semejantes conflictos y además prepararán la solución de la cuestión económica".

Algunos de nosotros conservamos un vivo recuerdo del modo cómo este plan pontificio de la paz fue saboteado por el canciller alemán Michaelis, quien, fanático protestante como era, quiso más bien no tener paz que tenerla mediante los buenos oficios del Vaticano. Y así la guerra continuó furiosamente hasta su desastroso fin.

En 1920 Benedicto XV publicó su encíclica sobre el restablecimiento de la paz Cristiana ("Pacem Dei"). Resumía en ella los principios antes expuestos por León XIII: Lo que hasta aquí se ha hecho es sólo una paz nominal. "No puede haber paz estable ni tratado duradero a menos que haya un retorno a la caridad mutua para calmar al odio y desterrar la enemistad". Después de hacer hincapié en el principio de que los individuos y los Estados están sujetos a idénticas leyes de moralidad, que lo que es malo cuando es hecho por un

individuo no es menos malo cuando es ejecutado por un Estado, el Pontífice vuelve a su idea favorita del establecimiento de una verdadera Liga o Comunidad de naciones. "Será desear mucho —dice— que todos los Estados se unan en una liga, calculada no sólo para mantener su propia independencia sino para salvaguardar el orden de la sociedad humana". Tal Liga servirá para prevenir "esas desastrosas guerras o al menos para remover hasta donde sea posible el peligro de ellas". "La Iglesia ciertamente no rehusará dar su ayuda a los Estados que están unidos bajo la ley cristiana, tanto más cuanto que ella es el tipo más perfecto de sociedad universal". Y Benedicto XV concluía su encíclica con esta admonición de S. Pablo: "No os engaños unos a otros; despojaos a vosotros mismos del hombre viejo con sus acciones. Y revestíos del nuevo, de aquel que ha sido renovado en el conocimiento, de acuerdo con la imagen de Aquel que le creó. Porque ya no es ni gentil, ni judío, ni bárbaro, ni escita, ni libre, ni esclavo; sino que Cristo es todo y en todos". Es curioso observar que los turcos erigieron un monumento a Benedicto XV y a sus esfuerzos pacifistas. En los países cristianos de Europa, la respuesta a las propuestas del Papa fue confinada a ciertos grupos relativamente pequeños y sin mucha influencia. En Francia el señor Marc Sangnier cooperó vigorosamente con los grupos católicos de Alemania, Austria e Italia en favor de la reconciliación internacional y fué él quien organizó el primer Congreso Democrático por la Paz en París, el cual se celebró pocos años después de concluida la guerra y al cual asistieron delegados de 21 países. El Segundo Congreso se realizó en Viena y el tercero en Friburgo, en agosto de 1923. Este fue el último, y el único en que yo participé personalmente. En aquel entonces me parecía que los esfuerzos del santo Pontífice no habían sido enteramente en vano. Marc Sangnier habló en francés en el City Hall y fue recibido con gran entusiasmo. Se hizo una colecta para la reconstrucción de las regiones devastadas de Francia y un número de jóvenes católicos alemanes, miembros del movimiento juvenil católico, se ofreció a trabajar sin ninguna remuneración, para cooperar en la reconstrucción de los valores espirituales y materiales. Estos jóvenes pacifistas católicos fueron pronto denunciados por la mayoría de sus hermanos católicos y no católicos, como traidores al honor y a los verdaderos intereses de sus respectivos países.

El Papa Pío XI continuó donde su predecesor había dejado, sin desmayarse por tantas desilusiones, tantos aparentes fracasos, tanta mala voluntad, incomprensión y franca apatía; infatigable sí, pero profundamente apesadumbrado por los odios que habían sobrevivido a la guerra, por los numerosos signos y síntomas de una rápida desintegración de los valores morales, así como por la marea siempre creciente de religiones idólatras que querían substituir los principios cristianos. "Todos esos males vienen de dentro", escribió Pío XI en su primera encíclica ("Ubi Arcano"), publicada en diciembre de 1922. "La paz fue ciertamente firmada por los beligerantes, pero fué escrita en documentos públicos mas no en los corazones de los hom-

bres. Allí reina todavía el espíritu de guerra que trae una creciente amenaza para la sociedad". Su programa para una paz justa y duradera lo condensó él mismo en estas palabras: "Pax Christi in Regno Christi". La paz de Cristo en el Reino de Cristo. Trazó los orígenes de las guerras hasta sus últimas causas: desobediencia a las leyes morales y divinas con el resultante abandono de los consejos de la justicia en las relaciones internacionales; "pues es la justicia la que exalta a una nación y el pecado el que la hace miserable". Todas las ventajas que son ganadas por el Estado a expensas y en detrimento de otros pueblos y naciones, podrán aparecer en cierto momento como realizaciones grandes y magníficas, pero no son duraderas. En la Ciudad de Dios, S. Agustín dice de tales hechos que son "tan quebradizos como el vidrio y acompañados del continuo temor de un repentino desmoronamiento" (IV c. 3). El Papa Pío XI subraya que las naciones se aferran a una fatal ilusión si creen que tal procedimiento inmoral en los tratados internacionales puede pagar dividendos. Tales naciones están labrando su ruina y su propia destrucción.

Que las condenables enseñanzas de Machiavelli y sus discípulos contemporáneos están aún hoy día ampliamente propagadas y apasionadamente defendidas, se puede probar por las declaraciones expresadas en un libro que apareció hace poco y en el cual se pretende asemejar el machiavelismo alemán al machiavelismo americano. Su autor Nicolás John Spykman, profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad de Yale y en otro tiempo director del Instituto de Estudios Internacionales de la misma Universidad, delinea la "estrategia de América en la política mundial" siguiendo estrictamente las sendas de Carl Hanshofer, consignadas en su llamada "Ciencia de la Geopolítica". El libro ha recibido y continúa recibiendo los más grandes elogios. Por muchos aspectos es en realidad un libro excelente, que presenta una valiosa información sobre asuntos geográficos, políticos y económicos, pero su tesis fundamental es la defensa del amoralismo e inmoralismo de Machiavelli y Hitler. "El hombre de Estado —escribe Spykman, pág. 18— que dirige la política exterior no puede atenerse a los valores de justicia, equidad y tolerancia sino hasta el punto en que ellos contribuyen o no interfieren el poder objetivo. Ellos pueden ser usados instrumentalmente como justificación moral para la búsqueda del poder, pero deben descartarse en el mismo momento en que su aplicación conlleve debilidad. La búsqueda del poder no se realiza para el logro de los valores morales, sino más bien que los valores morales se usan para facilitar el arribo al poder". El crudo cinismo de estas observaciones es desconcertante. Para Spykman y sus admiradores "la justicia, la equidad y la tolerancia" no son un fin que deba desearse bajo ninguna circunstancia, sino realmente medios para el logro del poder y del engrandecimiento y que pueden y deben descartarse si acaso otro medio ofrece un camino más corto y más rápido para obtener determinado fin. Compárese con este falaz argumento, el discurso pronunciado por el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Cordell Hull, ante el Consejo de Relaciones Internacionales,

en Lima el 25 de Febrero de 1937, y encontraremos que nuestro propio departamento de Estado ha rehusado firmemente hasta ahora, suscribir tal programa de degradación internacional. "Qué bendición para la humanidad —decía el Secretario de Estado— sería si otros grupos de naciones poseyeran en esta etapa crucial del mundo un verdadero espíritu de paz, unidad y consagración moral, si estuvieran prontos a reafirmar y revitalizar las leyes de moralidad internacional y de obligatoriedad de los tratados". O compárese con una de las últimas declaraciones de Woodrow Wilson, quien en agosto de 1923 escribió en "Atlantic Monthly": "Por justicia el abogado entiende generalmente la pronta, recta y manifiesta aplicación de reglas imparciales; pero nosotros llamamos la nuestra una civilización cristiana, y una concepción cristiana de la justicia debe ir más lejos. El resumen de toda la cuestión es el de que nuestra civilización sólo puede sobrevivir materialmente si es redimida espiritualmente. Socialmente puede ser salvada cuando sea invadida por el espíritu de Cristo".

Esta cita nos lleva inmediatamente a la primera encíclica de Pío XI, en 1922, y en la cual el Papa pide que la llaga del materialismo sea arrancada de la vida humana y de la sociedad civil y doméstica, para que sea reemplazada por la disciplina espiritual cristiana. Añade que es oficio supremo de la Iglesia señalar a las naciones el camino que conduce al último fin, y conducir a la familia de las naciones, unida en un fraternal espíritu, hasta Dios mismo, último dador y garante de la dignidad y de los derechos del hombre. El clama porque todas las acciones humanas, públicas o privadas, individuales o colectivas, se conformen con la ley eterna de Dios y con las enseñanzas y doctrinas de Cristo. Si este mandamiento es obedecido, entonces, y sólo entonces, las naciones "gozarán de una buena paz entre ellas y podrán arreglar pacíficamente todas las controversias que puedan surgir". Insiste en que en otro tiempo de la historia del mundo occidental, en la Edad Media, existió una verdadera Liga de Naciones, una comunidad, una confederación de pueblos cristianos, "entre quienes si frecuentemente fue violada la ley, sin embargo su santidad permaneció en vigor, dando una segura regla mediante la cual las naciones podían juzgarse unas a otras".

Es la misma línea de pensamiento que llevó a Pío XI a instituir la nueva fiesta de Cristo Rey en 1925 y la que le inspiró su Encíclica "Quas Primas" para explicar el significado de ella. Encontramos en ese notable documento una severa condenación de los males del "secularismo", al que el Papa llama **pestilencia moderna**, pero cuyas raíces, sin embargo, alcanzan desde muy lejos en el pasado. El secularismo, para decirlo muy someramente, es el rechazo al reconocimiento de la supremacía de Cristo sobre todas las naciones. A este respecto, el Pontífice habla de la apostasía de los individuos y de los Estados, lo que alimenta la discordia, los celos incendiarios y las rivalidades internacionales. "Por doquiera—dice el Papa—observamos una desenfrenada codicia de la cual proviene ese ciego e ilimitado egoísmo que siempre busca sólo las ventajas y las riquezas

personales y que hace de este mismo egoísmo el supremo valor. El desprecio del deber y la indiferencia han destruído la paz de la familia; las relaciones domésticas están minadas. La sociedad humana misma está desorganizada y propicia para la destrucción”.

Estas palabras son duras y sombrías. Sin embargo, es la esperanza del Padre Santo que la celebración anual de la fiesta de Cristo Rey apresure el advenimiento de ese día cuando las naciones y los pueblos apóstatas estarán listos para volver a la Soberana Verdad. Al mismo tiempo dice: “Sería el deber de los católicos hacer más cercano este advenimiento por su incesante cooperación y por la fortaleza espiritual; pero desgraciadamente muchos católicos no ocupan tales posiciones en la vida pública y no ejercen tal autoridad como sería requerido por aquellos que están llamados a llevar la autoridad de la verdad. Quizás haya que achacar esto a su indiferencia o a su timidez. En este camino, los enemigos de la Iglesia sí se vuelven más audaces. Pero una vez que los fieles se den cuenta de que es un deber pelear corajudamente y sin desmayo bajo la bandera de Cristo Rey, entonces inflamados por el fuego de su sagrado apostolado, se esforzarán por ganar para su Señor a los apóstatas y a los ignorantes y defender sin compromisos los derechos de su Jefe”. “Para las naciones, sin embargo, la nueva fiesta es una admonición para que todos los gobiernos y todos los conductores tengan el sagrado deber de rendir homenaje a Cristo y obedecer su ley. Es para recordarles el gran día del Juicio cuando Cristo tomará severa venganza por la injusticia que se ha obrado contra él desterrándole de la vida pública y nacional, pues la dignidad real de Cristo pide que la vida entera del Estado esté ordenada de acuerdo con la ley de Dios y las enseñanzas de Cristo: toda la legislación, toda la jurisprudencia y por encima de todo, la educación”.

Pío XI continúa sus exhortaciones y quejas en las Encíclicas “Divini Redemptoris” y “Mit brennender Sorge”, ambas publicadas en marzo de 1937 y que tratan, la primera del comunismo ateo, y del nacional-socialismo la segunda. Una vez más el Pontífice deplora la indiferencia de muchos católicos cuando escribe: “No es bastante contarse como un miembro de la Iglesia de Cristo; es menester ser un miembro **viviente** de la Iglesia. Un cristianismo que se desnuda de la mera manifestación exterior y de la mundanalidad, un cristianismo que toma los mandamientos de Dios seriamente, puede y debe ser el molde y el conductor para un mundo que está enfermo hasta en su propio corazón, si no es que ya una indecible desgracia y un cataclismo más allá de toda imaginación están para estallar sobre él”. Una vez más el Papa insiste en que la absoluta norma de conducta de todos los actos humanos, así individuales como colectivos, es la ley moral que descansa primeramente sobre la roca de la fe. “El número de locos—dice él—que hoy pretenden separar la moralidad de la religión, se ha vuelto una legión. Ellos no ven que arrojando al cristianismo de la educación y de la formación en la vida social y pública, están poniendo los modos de llegar al ocaso. La doctrina que enseña que lo que sirve a la nación es bueno,

es sencillamente falsa porque lo que es moralmente malo nunca puede servir a los verdaderos intereses de una nación”.

Tanto Benedicto XV como Pío XI ofrecieron sus vidas por la paz del mundo. Si es obvio que la restauración de una paz justa y duradera ocupó la mejor parte en sus entendimientos, en sus oraciones y en sus fatigas, lo mismo se puede decir con igual y quizás mayor razón de la vida y del pontificado del Papa reinante, Pío XII. Su amplia experiencia política, su gran tacto y su santidad le han predestinado para esta tarea de pacificador y maestro en este descomulgado mundo. No se ha descorazonado en el pasado ni lo será en el futuro, por el sinnúmero de obstáculos que la ceguera o sordera de los cristianos ha edificado en el mundo, ni mucho menos por las mareas del paganismo o el ateísmo. Como el más íntimo consejero y colaborador de Pío XI, estaba singularmente preparado para esta difícil y complicada tarea; quizás sólo la admiración de las futuras generaciones podrá apreciar cabalmente sus heroicos esfuerzos hechos en favor de la paz mundial, esa paz de la que dijo poco después de su elección pontifical, que debía ser fruto de la caridad y la justicia. Anticipando el inminente desastre y profundamente atribulado por la invasión italiana a Albania el Viernes Santo de 1939, el Papa dijo en su primer mensaje de Pascua: “Un sentimiento de desasosiego y descontento agita las almas de los hombres como si estuviéramos en la víspera de días peores. La paz no puede existir si los pactos solemnemente sancionados y la palabra empeñada han perdido esa realidad y valor que son bases indispensables de la confianza recíproca y sin los cuales el desarme material y moral se van volviendo menos posibles de realizar cada día que pasa. Cuál pues el remedio contra semejantes males? Cristo, supremo guardián de la justicia y supremo dispensador de la paz. En Él se abrazan la paz y la justicia, pues el fruto de la justicia es la paz. Así como no puede haber paz sin orden, así tampoco puede haber orden sin justicia”.

Después de que habían fallado estos esfuerzos para llevar a los diversos gobiernos de Europa a discutir y arreglar sus disputas mediante negociaciones, Pío XII hizo un final llamamiento por radio el 24 de agosto de 1939, en el que dijo: “Una grave hora está sonando para la gran familia humana, en la cual nuestra autoridad espiritual no puede desinteresarse de la tarea de inducir al género humano para que vuelva al sendero de la justicia y la verdad. Y así hablamos a vosotros, conductores de pueblos, a vosotros políticos, hombres de armas, escritores, locutores de la radio y de la tribuna y a cuantos tienen autoridad sobre el pensamiento y las acciones de sus hermanos. Nos, que no estamos armados sino con la palabra de la verdad, que estamos colocados por encima de las rivalidades y de los partidos, os hablamos a vosotros en el nombre de Dios. Es con la fuerza de la razón y no con la de las armas como viene la justicia. Los imperios y las conquistas que no están cimentados en la justicia no pueden tener la bendición de Dios. El peligro es grande pero aún es tiempo. Con nosotros está el alma de esta vieja Europa que creció al abrigo del genio y de la fe del Cristianismo. Con noso-

tros está toda la humanidad que busca pan y libertad más bien que espadas". A la hora undécima el Papa pidió una tregua corta para convocar una conferencia europea en la cual estuvieran representados, el Vaticano y los Estados Unidos, con el fin de considerar una revisión pacífica del Tratado de Versalles y allanar así el camino para un pacto colectivo de no agresión en el cual se estableciera una nueva carta de Europa. Este último llamado fue seguido casi inmediatamente por la invasión alemana a Polonia. La reacción del Papa ante tales acontecimientos quedó expresada en estas palabras: "Como Vicario del Príncipe de la Paz, no cesaremos de aguardar y apoyar en toda ocasión, la conclusión de una paz honorable para todos, bajo la cual queden protegidos los derechos vitales de todos. Mientras tanto haremos lo que más podamos por aliviar las heridas ya inflingidas".

En octubre de 1939 fue publicada su primera encíclica, "Summi Pontificatus", que trata de los errores de la civilización moderna y en particular de ciertas doctrinas y prácticas de los estados totalitarios. La causa íntima de todos los males de la sociedad moderna, dice el Papa, "está en la negación y rechazo de una norma universal de moralidad, así para la vida social e individual, como para las relaciones internacionales". A pesar de la oscuridad de la hora, el Papa ve un rayo de esperanza, una posibilidad de que "estos calamitosos tiempos alterarán para mayor bien la perspectiva y los principios de muchos que lo necesitan. Entonces tendrán quizás una mejor apreciación de esas advertencias de la Iglesia que ellos despreciaron en tiempos de comodidad y seguridad. Las dificultades y calamidades actuales son un argumento tan llamativo para la filosofía cristiana, que ellas dirigirán las mentes de los hombres hacia la verdad. Esta masa de errores, este sumidero de doctrinas que repudiaron el nombre cristiano, han producido sus resultados". "Sin embargo, nuestro corazón no está inspirado sino por el amor para aquellos en quienes la luz celestial no ha brillado todavía". Esos desafortunados "no barruntan qué sería lo que seguiría cuando la verdad que nos hace libres se cambie por la mentira que nos hace esclavos de nosotros mismos. Se jactaban del progreso cuando en realidad estaban cayendo en la decadencia: la vanidad fue el fin de sus designios". "Algunas veces un poder civil se encuentra con el mayor éxito material. Se gana la admiración de las mentes superficiales. Pero hay una inevitable ley que tomará al fin su venganza. Ninguna institución puede escapar de la última ruina, cuando está construida sobre una base falta de proporción. Quienquiera que considere al Estado como fin al cual está dirigido todo, ante quien todo debe doblegarse, es forzosamente un enemigo del verdadero y duradero progreso de las naciones. Es cierto que el Estado puede en ciertas condiciones pedir de los ciudadanos la entrega del dinero o de la sangre, pero nunca puede pedir la pérdida del alma que Dios ha redimido. Los principios básicos de la ley internacional piden que cada nación pueda mantener intactas sus propias libertades, que tenga derecho a su propia vida y al desarrollo económico, que todo pacto que

ha sido ratificado subsista intacto e inviolable”.

Después de haber pasado revista a algunos de las principales causas de los males presentes, el Papa mira hacia el futuro y por primera vez empieza a bosquejar su plan para “un nuevo orden”. Qué queda ante nosotros, pregunta él; es realmente algo diferente este anticipado **nuevo orden**; irá a ser algo mejor? “Al fin de esta guerra habrá pactos nuevos y nuevos arreglos de las relaciones internacionales. Estarán ellos concebidos en un verdadero espíritu de justicia y equidad, de reconstrucción y paz, o por el contrario repetirán nuestros viejos y recientes errores? El día en el cual amanezca la victoria puede traer el triunfo para aquel que la ha alcanzado, pero en ese preciso momento hy un grave peligro para él mismo: un nuevo conflicto habrá empezado, esta vez entre el ángel de la justicia y el demonio de la coerción”. La voz de la clemencia y de la justicia puede ahogarse con el terrible grito de “ay del vencido!” “Si esta es la atmósfera en la cual se hacen los planes y se juzgan las divergencias, probablemente nada resultará de allí, sino la injusticia con un delgado barniz de justificación para disfrazarla. No es de la espada de donde viene la liberación para las naciones; la espada no puede alimentar la paz, sólo puede imponer términos de paz. El **nuevo orden**, si es que puede haber alguno, debe estar incommoviblemente basado en la firme base de la ley natural y la divina revelación. Es de aquí de donde el dispensador de la ley debe sacar sus principios de equidad, su sentido del deber y el dón de prudencia”.

Los principios generales, según fueron esbozados en la Encíclica “Summi Pontificatus”, fueron elaborados más tarde, y el Programa Pontificio de la Paz fue enunciado en términos más específicos en los célebres “Cinco Puntos” preconizados por el Papa en la Alocución de Navidad de 1939.

Estos cinco puntos, que como puede verse representan en su esencia una fuerte reafirmación del tradicional Programa Pontificio de la Paz, fueron parcialmente reformados y explicados en la Alocución de Navidad de 1941. En una especie de preámbulo, el Papa pide que a la fuerza que moldea el orden material se agregue la fuerza de los principios incambiables del orden moral. Si así no sucede se cumplirán las palabras de San Agustín: “Corrieron bien pero dejaron el rumbo. Mientras más lejos corran, tanto más grande será su error, pues se van alejando cada vez más de su verdadero curso”. Por lo que se refiere al **Primer Punto**, las naciones más grandes tienen qué observar el debido respeto por los derechos inviolables de las más pequeñas en lo que respecta a la libertad política, desarrollo económico y protección de su neutralidad. El **Segundo Punto** subraya que en un “nuevo orden” basado en principios morales, no hay lugar para la opresión secreta o abierta de las características culturales o lingüísticas de las minorías nacionales o para la restricción de sus recursos económicos. Esta observación lleva al **Tercer Punto**, que denuncia “ese egoísmo frío y calculador que pretende acumular las fuentes y recursos económicos destinados para el uso de todos,

hasta tal punto que a naciones menos favorecidas por la naturaleza no se les permita el acceso a ellas". A todas debe concederse una participación justa y proporcionada en las riquezas naturales de la tierra. Si esta condición de un orden moral se realiza, entonces la aceptación del **Cuarto Punto** no ofrecerá dificultades, ya no habrá causas para la guerra total o carrera armamentista. Hay que emprender una limitación progresiva de los armamentos, de manera que la amenaza de una tercera guerra mundial no intente completar la ruina moral y social del género humano. Para procurar el renacimiento de la confianza internacional y salvaguardar su perpetuación hay que revivir o crear ciertas instituciones internacionales o supranacionales que tengan el respeto de todos y provean a que las obligaciones de los tratados sean observadas. Por supuesto que el Papa no es ciego para no ver las tremendas dificultades que tendrían que ser superadas para poder alcanzar estos fines y el hecho de que el trabajo que queda por delante requiere fuerza sobrehumana y buena voluntad por todas partes. Las fallas de esfuerzos semejantes en el pasado no deberán sin embargo causar prejuicios sobre nuestra determinación de triunfar sobre una multitud de dolorosos recuerdos. Esto nos trae al **Quinto Punto**, que trata de la clase de hombres públicos y ciudadanos que se necesitan para llevar a feliz logro el "nuevo orden", cimentado en los principios morales. Tanto de los conductores como de los súbditos se exige un máximo de coraje y fuerza moral para la reconstrucción del mundo nuevo sobre las ruinas del antiguo. Jefes y pueblos, patronos y empleados deben estar animados por la fe en un Dios personal, legislador y juez, a quien tendrán que rendir cuenta de sus acciones.

Pero en esta visualización de la Gran Comunidad de Naciones del futuro, el Santo Padre llega más allá de los confines de la Iglesia visible de Cristo. Expresamente declara que no hay razón para rehusar la colaboración de todos los cristianos en una empresa de genuino y sincero humanitarismo. Ya en su mensaje de Navidad de 1939, Pío XII había dicho que la aceptación de los dictados de la ley moral suministraría una base común para semejante colaboración práctica en la gran tarea de la restauración del orden moral y la consiguiente pacificación del mundo. "La formación de la paz es una obra universal para el bien común, que exige la cooperación de todo el Cristianismo", decía el Papa en la Navidad de 1941. Hay muchos signos animadores que parecen indicar que tal colaboración aumentará substancialmente en un futuro no distante. Hay una tendencia siempre creciente en este sentido por el hecho de tener que hacer frente a un enemigo común, tendencia que empieza a producir sus efectos en los cristianos de todas las denominaciones. Y es consolador encontrar a este respecto, un pasaje en el comienzo de un conmovedor sermón pronunciado por su Eminencia el Cardenal Faulhaber en la víspera del Año Nuevo, en el cual este valeroso luchador por la libertad cristiana y la Paz de Cristo en el Reino de Cristo, habla del espíritu de amor fraternal en las relaciones entre los católicos alemanes y los protestantes alemanes, cuyos sufrimien-

tos comunes han traído una unidad por Cristo y en Cristo, como no se la había visto en las cuatro centurias pasadas. "Las confesiones cristianas saben—decía este príncipe de la Iglesia—que es una cuestión por la existencia o aniquilación, así para los católicos como para los protestantes; que están en peligro los propios cimientos del Cristianismo, en peligro las Santas Escrituras, la fe y el Evangelio. Un alto oficial gubernamental declaró expresamente hace pocos días que en la lucha contra el cristianismo no hay que hacer distinción entre las varias denominaciones cristianas".

Hay una cosa y es la única que inevitablemente hará avanzar la causa de la unidad cristiana y por consiguiente la de la Paz mundial y esa cosa es la oración. Sólo la oración puede dar la curación para tantos males como se deben a los pecados de las naciones y de los pueblos que quieren dejar al margen las leyes de Dios. Sólo en la oración encontraremos la esperanza y la seguridad de que algún día tendrá cumplimiento la plegaria de Nuestro Sumo Sacerdote, Nuestro Señor Jesucristo: "Que todos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado".

Aquí, pues, tenemos una indicación de la última significación del Programa Pontificio de la Paz. Si cada uno de nosotros se alista en él como obrero, como pionero o como heraldo, entonces podremos, si Dios lo quiere, participar algún día de aquella alegría tan elocuentemente descrita por el Soberano Pontífice: "Ese día cuando las naciones y sus jefes, libre su espíritu del temor de los peligros por futuros conflictos, transformarán la espada mellada y gastada por el continuo uso contra los propios hermanos, para cambiarla en arados con qué trabajar el fértil seno de la tierra, bajo el sol de las bendiciones celestes y arrancar a ella el pan cotidiano, humedecido esta vez sí por el sudor de las frentes que no estarán ya más empañadas en la sangre y en las lágrimas del dolor".

(Del original inglés, enviado especialmente para "Universidad Católica Bolivariana", tradujo el Pbro. Marco Tulio Zuluaga).

